

Absolución



Javier Domínguez
Ingeniero de Telecomunicación
✉ domingja@coit.es

Los relatos sobre la historia reciente tienen un elevado índice de audiencia. Y no me refiero sólo a las series de TV; digamos que pienso en las narraciones y publicaciones que ofrecen una visión de lo acontecido en el pasado cercano de nuestras telecomunicaciones. Escuchar y leer los testimonios de quienes fueron actores principales del acontecer tecnológico en los últimos 50 años, genera una sensación de admiración no exenta de cierta desazón por los desaciertos que cometimos.

En las últimas décadas del siglo XX se concitaron todos los rasgos característicos de una crisis de las tecnologías: lo viejo no terminaba de morir y lo nuevo no acababa de nacer. Fue una época en la que se jugaba a la prospección del futuro, dibujando escenarios en los que la principal motivación era subsanar las carencias que presentaban las tecnologías entonces disponibles. Así se planteaban tendencias como la digitalización plena, la inteligencia y convergencia de las redes, la banda ancha, la separación entre la conectividad y los servicios, la gestión centralizada... En la evolución tecnológica nos sentíamos más confortables con un modo continuista (en los dibujos, la nube de Internet ocupaba un espacio apartado del núcleo de las redes) y las apuestas por soluciones disruptivas sobrevivían en un ambiente poco entusiasta.

Hoy, las incertidumbres han desaparecido y estamos inmersos en un modelo donde la opción tecnológica es inquestionable: la familia de protocolos TCP/IP gobierna, sin oposición, toda la conectividad digital. Nada que ver con lo que describíamos desde nuestra zona de confort. Ahora el escenario resulta tan obvio que uno se pregunta cómo no

fuimos capaces de anticiparlo mientras nos dispersábamos en alternativas de escaso recorrido.

La historia reciente contada por sus protagonistas, además de mostrar diferentes miradas y sentimientos, tiene la ventaja de aportar información de la que se servirán los historiadores cuando analicen los hechos con perspectiva más lejana y mayor objetividad. Será, entonces, un análisis desprovisto de la dependencia que provoca el haber sido partícipe en las decisiones, y en el que se considerará no sólo lo que hoy se cuenta sino también lo que se omite para mostrar una versión amigable. Con el tiempo, se alejará también la tentación de comparar el presente con un ayer condicionado por un contexto -económico, social y tecnológico- muy diferente al actual.

Desde una mayor distancia temporal, será más fácil profundizar en la esencia de lo acontecido, descartando lo anecdótico y distinguiendo entre historia y homenaje. Así, se podrían incorporar argumentos sobre las fortalezas y debilidades de la industria europea de las telecomunicaciones; el desequilibrio innovador entre los EE UU y Europa; la reducida agilidad de los operadores monopolísticos; el impacto de la formación técnica que se impartía en las Universidades; la lentitud del proceso de normalización internacional...

Quizá entonces, los desaciertos cometidos en la apuesta tecnológica parezcan menos trascendentes, justificados, y se nos absuelva aunque sólo sea por aquello de que “el camino del éxito, transita por el error”. Y siempre nos quedará el éxito europeo (ya lejano) del GSM.